



LUIS RIUS: HOMENAJE

# Mi amigo Luis Rius

*José Esteban*

**E**n uno de los muchos viajes de ida y vuelta que Ángel González hacía todas las primaveras, del lejano Alburquerque se trajo consigo a un amigo alto, distinguido, silencioso y bebedor que resultó ser el poeta Luis Rius.

Nacido en Tarancón, ahí al lado, Luis había pasado parte de su niñez y adolescencia en México, donde ejerció de poeta, de profesor, de anfitrión y señor, durante los, desgraciadamente cortos años de su impagable vida.

Silencioso, a nuestro lado, Luis vivió noches y días inolvidables en este Madrid de nuestros pecados, él, que siempre fué un hombre llenó, repleto de virtudes. Nunca presumió, ¡y mira que podía hacerlo! de poeta. Escuchaba, con sonrisa casi siempre burlona, nuestras luchas, nuestras discusiones de españoles, con nuestro hablar “golpeado” que había afortunadamente olvidado, con una paciencia casi infinita.

Poco a poco, nos fuimos enterando de que, además de gran señor, era también poeta y había escrito una singular biografía de León Felipe, entre otras muchas cosas, y viendo y envidiando que era uno de los don juanes más exitosos que me ha cabido ver. Y he visto algunos.

Aquí, en este Madrid que adoraba, sus tascas, sus comidas en “Casa Pedro”, sus whisquis, todos, tanto en Oliver cómo en dónde fuera, creo que fué feliz. Adoraba a la gente, venía de lejos, vivía de las rentas de las fincas que vendía de su familia y no participaba en ninguno de los ejercicios de vanidad a los que los escritores madrileños somos tan aficionados. Era, por tanto, todo un fuera de serie.

Además de un pródigo. Dónde él estaba no pagaba nadie. Mi dinero no es mío, decía cuando le regañábamos. Es del pueblo español. Sin el no valdrían hoy nada mis tierras manchegas, tierras que se bebió en unos pocos años.

Con Luis, acompañados de Ángel y otras veces solos, he bebido y vivido, no he parado de hablar, he cerrado antros nocturnos y he abierto otros a media mañana y he llorado en México oyendo cantar a Amparo Montes.

Aquella inolvidable feria del libro de la capital mexicana no hubieran sido lo que fueron sin él. Una noche, al llegar al hotel desde Madrid y dar mi nombre, me contestaron:

- ¿José Esteban? Usted ya vino ayer.

Pensé que se trataría del famoso surrealismo mexicano, del que tanto se hablaba. Pero no. Sencillamente Luis, para atender alguna de sus numerosas aventuras, había dado mi nombre y ocupado la habitación que debía esperarme hasta la noche siguiente.

Pertenece Luis Rius a esa generación de poetas, que, nacidos en España, vivieron y se hicieron mayores lejos de su patria. Como Tomás Segovia, Enrique de Rivas, Nuria Parés y tantos otros. Lo que ha dado en llamarse “última voz del exilio”.

Su poesía por ello, no está exenta de nostalgia.

En el caso de Luis, “Acta de extranjería” es, quizá su libro más famoso.

“Yo no soy, en verdad, más que un trocito olvidado de tierra...”, escribió.

Luis despreciaba el mezquino comercio libresco y escribía para sí mismo y sus amigos. Creo que a su lado, como le pasó a Rubén Darío con Valle-Inclán, tengo la sensación de que viví unos años más intensos y duros.

Como los elegidos murió joven.

Con Paco Ignacio Taibo y con Ángel González, llegué a verle a primeros de años de 1984, días antes de su irreparable muerte. Fue en un hospital mexicano, Luis casi irreconocible, no hacía más que recordar España. Quería volver a Sigüenza, comer cordero y ver, una vez más, al Doncel. Fue tremendo. Lo recuerdo hoy con el mismo dolor que viví aquella tarde. Ante los reproches de mis dos acompañantes, las lágrimas corrieron, una vez más, por mis mejillas. Supe, estaba claro, que nunca más volvería a verle.

Salimos al pesado aire de la ciudad de México, ya anochecido, y allí dejamos al poeta enfrentándose a su injusto destino.

Moriría días después, el 10 de enero de un fatídico 1984. □

